

DE LA ESENCIA DE LA UNIVERSIDAD

Teodoro Olarte

Cabría preguntarse si el título que encabeza este artículo, posee contenido claro y evidente. Reflexionando sobre los juicios que determinados teóricos emiten en torno a este asunto, y, sobre todo, analizando las actitudes de ciertos dirigentes pedagogos, uno concluye en que esa pregunta está hartamente motivada. Efectivamente, ¿tiene la universidad una esencia? ¿Funciona realmente un auténtico concepto de universidad? ¿Podremos encontrar un denominador común histórico para "eso" que viene denominándose universidad?

Planteado así el problema, habrá una solución positiva si logramos reunir un conjunto coherente y orgánico de notas; si no lo alcanzamos, la solución no aparecerá y nos quedaremos, consecuentemente, con la sola palabra, con un término vacío, sin sentido. Creo sinceramente en que existe esa esencia, entregada al olvido tal vez por los desapoderados afanes de reformas universitarias, muchos de ellos causados por un padecimiento secreto que afecta a la estructura mental de muchos de los llamados y escogidos. Creo sinceramente en la necesidad renovada de las reformas, y esto por dos razones: porque urge anular las reformas introducidas con criterio errado y porque todo está en evolución. Lo que aquí pretendo es aclarar el verdadero punto de partida para esa evolución que no puede ser ni caprichosa ni arbitraria.

LO POSITIVO DE LA ESENCIA DE LA UNIVERSIDAD.

La universidad es una entidad del hombre para el hombre; esto significa que la esencia de ella, que posee determinada persistencia ontológica, hay que buscarla en su finalidad, en su finalidad propia y específica, preguntarse, pues, por los fines de la universidad equivale a preguntarse por su misma esencia. Juzgo conveniente matizar más el propósito que aquí me mueve: ¿Qué es la universidad?, es una cuestión que no se contrapone a la que se formularía así: ¿Qué debe ser la universidad? No se debe limitar históricamente el problema; mi pregunta apunta directamente al concepto de universidad como tal. Trato de la esencia de la universidad.

Espero que puede ser buen punto de partida para nuestra disquisición la definición siguiente: La universidad es una institución de estudios superiores, destinada a transmitir la cultura para fomentarla y recrearla. Se sobreentiende que la cultura a la que aquí se alude, está integrada por las ciencias, por las artes y por las letras, entendiéndose estas tradicionales denominaciones en su más lato sentido. La definición que he propuesto, es la común y corriente, pero opino que es perentorio hacer resaltar otra nota esencial que es ésta: la universidad es una institución "universalizante". Se impone la necesidad de comentar y explicar los términos básicos de la anterior definición.

a) La universidad es una institución: La madurez cultural de una entidad colectiva (nación, región, etc.) exige *naturalmente*, en fuerza señalada por la necesidad de su evolución total, la universidad. Esta se origina en un imperativo tan simple y normal como el que determina al poder ejecutivo, al legislativo y al judicial para

la debida ordenación de la "res publica". En otros términos, la universidad no es un lujo, no es un epifenómeno; la universidad es una necesidad humana porque el hombre ha de responder a sus intenciones y a sus deseos incoercibles de progreso integrador. La prueba de ello se encuentra en que la nación que carece de universidad, se beneficia, por diferentes medios, de las universidades de otros países. La nación que carezca de universidad es deficiente por naturaleza.

b) De estudios superiores: Entiendo que en estas palabras está expresado lo verdaderamente específico y esencial del concepto de universidad. La razón de ser de ésta es impartir cultura en grado superior. Es la que adiestra y confiere los medios que determinarán el camino para alcanzar el necesario crédito personal y profesional en cuanto a ser y a actuar. La misión de la universidad radica en actualizar su vocación docente en términos superiores; es decir, debe efectuar lo que otras instituciones docentes no pueden, por su propia naturaleza, alcanzar. Y consecuencia evidente de lo anterior es ésta: todo lo que pueden hacer otras instituciones, no lo debe hacer la universidad; a la universidad sólo corresponde lo "superior"; tal es su honor y, también, tal es su intrínseca limitación. El olvido de esta nota esencial de la universidad, será siempre desvío esencial.

c) Universal y universalizante: La universalidad es una determinación que siempre se le ha reconocido a la universidad. Universalidad extrínseca al principio. El origen de la palabra "universitas" fue porque representaba un lugar concreto a donde acudían estudiantes de todo el universo y profesores de todo el universo. Y, desde luego, universalidad intrínseca y activa: el saber que imparte es universal, atiende "superiormente" al hombre, a su cultura y a su destino total, y, al mismo tiempo, es universalizante.

d) Destinada a transmitir y fomentar la cultura: He aquí la finalidad constituyente de la universidad. Doble finalidad que, en el fondo es una sola porque el hombre que recibe cultura, por su naturaleza activa y creadora, ha de aumentarla. Tal transmisión ha de ubicarse a la altura de los tiempos, si la universidad ha de permanecer fiel a su esencia; ha de ser dinámica si va a responder a los valores superiores de la humanidad; ha de ser intrínsecamente coherente, si ha de efectuar una obra educativa que sea expresión de su esencial unidad. En otras palabras, la universidad tiene una misión clara: ser levadura que fermenta la libertad ilustrada.

De la unidad interna de la institución universitaria depende que ésta sea o no sea: unidad de propósito, unidad de perspectiva. Para todos es manifiesto que esta unidad no es unidad de algo absolutamente simple; la universidad es una institución estructural, es una estructura en la que, forzosamente, existen partes. Ahora bien, ¿en qué relación se hallan entre sí esas partes? Desde luego, no están yuxtapuestas; si queda afirmado que se trata aquí de una estructura, sus partes han de ser consideradas desde dos ángulos: el ángulo de su individualidad y el ángulo del todo al que constituyen. Todo esto equivale a establecer el principio según el cual las partes han de interpretarse principalmente como subordinadas al todo. Esto se comprenderá fácilmente si se tiene en cuenta el axioma siguiente: El todo es, ontológicamente, anterior a sus partes; la universidad como tal es anterior, no cronológicamente, pero sí ontológicamente a las escuelas que la constituyen.

Existen excelentes obras ideadas y actualizadas por el hombre, que se viven bien o se viven mal; esto lo condiciona la claridad de la mente y la rectitud del querer. Reconocer prácticamente la objetiva unidad de la universidad es achaque subjetivo, es cuestión de actitud de la parte discente y de la parte docente universitarias; es problema de buena o mala conciencia universitaria. La esencia de la universidad nos ha de merecer todo respeto.

Aunque más adelante me referiré por extenso, deseo adelantar algunos pensamientos. La unidad ontológica de la universidad queda garantizada por la naturaleza

dinámica del hombre. Este es su fundamento. A través de mi larga experiencia universitaria, he podido registrar un hecho harto explicable, y es éste: la falta de confianza en el hallazgo de esa unidad en la universidad como institución estructural. Explicable por la poquedad mental engendrada por el especialismo excluyente: un físico, un biólogo, un químico... conceden mínimo valor a un saber que no esté garantizado por la experiencia; un artista, un letrado, un filólogo... desconocen en mucho la importancia de la experiencia, instalándose en los destellos de la intuición y de la lógica. Se producen así dos mundos extraños, hostiles. Prolongando cualquiera de estas dos actitudes, jamás se alcanzará la solución del problema; son callejones, que aunque muy largos, no tienen salida. Y este problema preocupa hondamente a las cabezas universitariamente más egregias. En otros tiempos, quizá por ser las cosas menos complicadas, el asunto quedaba resuelto por la teología o por los ideales de la sabiduría antigua, pero desde que la ciencia asentó sus reales con todo su justo señorío en la universidad, se transformó totalmente el panorama.

Se ensayaron y se ensayan aún proyectos inspirados en la administración o en la pedagogía, para imponer una unidad a la universidad; se ha discutido mucho en torno a este asunto, pero todo ha sido en vano porque se consideraba únicamente lo extrínseco sin sospechar siquiera que aquí existe un interior desde donde hay que enfrentarse al problema. A este respecto, escribía yo hace unos años algo de lo que, lejos de estar hoy arrepentido, me encuentro cada día más convencido. Transcribo:

“Por cierto que esta sería la oportunidad de efectuar una crítica pormenorizada y excluyente de aquellos saberes que históricamente se han presentado con la pretensión de ser instrumentos capaces de informar una cultura humanista, pero los límites impuestos por la índole de este trabajo, me lo impiden. En consecuencia, parto del siguiente principio: La unidad intrínseca, lo que dé forma a la Universidad será un saber con contenido universal y totalizador en su universalidad. Este saber es la Filosofía. Sólo la Filosofía puede fundamentar el núcleo de una cultura general y, por consiguiente, sólo la Filosofía puede ser cimiento de la unidad de la Universidad.

La misión de la Universidad coincide con la misión de la Filosofía. Aunque la filosofía de la Filosofía no haya logrado poner del todo en claro el qué del saber filosófico ni armonizar las paradojas que los filósofos han hecho saltar del concepto de filosofía, creo que una zona muy extensa de filósofos estarán de acuerdo en que por filosofía se entiende, por lo menos, una actitud sinceramente vivida, fundamentada en un propósito personal de investigar racionalmente la trascendencia para comprender a la luz de ésta las cosas.

El saber filosófico satisface las exigencias más profundas de la auténtica cultura; el ideal de un hombre culto lo dicta la filosofía. El análisis de la esencia del saber filosófico y la experiencia vivida por muchos hombres verdaderamente cultos concuerdan en que la filosofía posee la virtud que rige, fundamenta y totaliza todo otro saber, demostrándose así que ella libra de la asfixia producida por los especialismos, la filosofía, pues, no es sólo para los filósofos profesionales, sino también para todos los que pretenden alcanzar determinada categoría cultural porque la filosofía —aprehensión de esencias, conocimiento de los primeros principios— confiere sentido a todos los saberes particulares: las ciencias tanto las del espíritu como las de la naturaleza, una perspectiva y un horizonte para trazar su pregunta y pronunciar su respuesta, y ¿qué saber sino el filosófico podrá proporcionar esa perspectiva y abrir ese horizonte?” (1).

(1) OLARTE, T.: *La función de la Filosofía en la Universidad*. Actas Segundo Congreso Extraordinario Interamericano de Filosofía. San José, Costa Rica. Imprenta Nacional, 1962, pp. 410-411.

De las notas constitutivas de la esencia de la universidad que quedan anteriormente descritas, emana la autonomía de la universidad. Esta autonomía no le viene a la universidad desde fuera, no es ella producto de algún acto de gracia. La autonomía universitaria es atributo de la esencia misma de la institución universitaria. La autonomía universitaria se identifica con la suma de libertades que han de garantizar el cumplimiento de su misión; la universidad es un cuerpo animado por el espíritu viviente, constitutivo de su unidad, causa de su autodeterminación.

Si la universidad fuera incapaz de encontrarse a sí misma, de intuir su propio sentido, entonces tendríamos un contrasentido: que una entidad inexistente se busque a sí misma. Nadie, sino ella, posee atribuciones para señalarle su esencial destino; de lo contrario, se convertiría, ipso facto, en instrumento del que le impusiera su voluntad. La universidad no puede ser sinónimo de servicio para un gobierno, ni para partido político alguno ni para fracción ciudadana, sencillamente porque ella es, por su naturaleza, servicio superior para subvenir a las necesidades de la cultura general que originan su existencia.

La universidad es el cuarto poder del Estado. Por consiguiente, ella es por su esencia, un poder tan autónomo y tan necesario como autónomos y necesarios son los poderes ejecutivo, legislativo y judicial; ella constituye un poder necesario para lograr el bien común. Ahora bien, ¿qué se pensaría, en un país normalmente civilizado, si el poder ejecutivo avasallara al poder legislativo o al poder judicial? Pues bien, y pese a la tradición nefasta napoleónica, tan profundamente arraigada en determinadas naciones, la ingerencia estatal en la universidad sería tan destructiva como en los otros poderes. Sería la muerte de su espíritu viviente.

En todo lo que queda expuesto hasta aquí, me he referido a la universidad, órgano que debe ser responsable de la cultura total de un pueblo. Tal responsabilidad ha de ser sustraída de cualquier otro poder estatal. Por consecuencia lógica, todos los niveles de educación deben ser organizados directamente o indirectamente por la universidad como poder supremo cultural.

De este nivel han de ser excluidas las universidades condicionadas por un adjetivo; esto es, aquellas universidades con fines no universales. Por ejemplo, las universidades de cualquier signo confesional, por carecer de la nota de universal y universalizante, pertenecen a una clase subordinada desde el punto de vista del bien común, aunque desde otro punto de vista alcancen la categoría de universidad, de centro de estudios superiores. Pueden coexistir, pero jerarquizadas.

LAS GRANDES TENTACIONES ANTIUNIVERSITARIAS.

La institución de la universidad se halla con frecuencia expuesta a insospechables tentaciones que amenazan con su disolución. Y en nuestros tiempos, la tentación es suprema. Esta presenta diversos grados y distintos aspectos. Me referiré a los más graves, ya que por este camino se descubrirá también la verdadera esencia de la universidad.

A la universidad, por cualquier razón, se le exigen muchas cosas y hasta cualquier cosa. Y a estas peticiones la universidad trata de responder positiva y favorablemente, sin discriminación y sin juicio, sin siquiera sospechar que por ahí se le va su razón de ser, y éste es el origen de uno de los grandes peligros de la tentación, el peligro de su desnaturalización. Afirmé más arriba que la esencia estructural de la universidad estriba en difundir y crear —mediante la información y la investigación— la cultura a niveles superiores; niveles que, por su excelencia y por su superioridad, no los puede lograr ninguna otra institución docente. Cuando se desconoce o se olvida este principio, fácilmente desaparece la verdadera meta de la universidad y se transustancia en algo sencillamente indefinible. Conozco el caso de una "univer-

sidad" que, siguiendo esos caminos, ofrecía una sección de peluquería, pero en ella no había lugar para una sección de Filosofía, hasta que el pudor se impuso, y dicha universidad fue raspada de la lista nacional de universidades no estafadoras. La meta se pierde cuando se practica ese espíritu de afrentosa generosidad que atiende a cualquiera petición que se hace o, lo que es peor, se provoca desde la misma universidad. Cada entidad ha de ofrecer y dar lo que su esencia impone auténticamente. Apunto este peligro grave, infantil y muy real porque ya está implantado como signo de gran progreso, por los que nunca han comprendido lo que la universidad realmente es.

Otra deformación a la que debe aludirse cuando hoy se habla de la esencia de la universidad, es la deformación que se realiza mediante la feroz socialización —democratización— de los fines de la universidad. Esta falla está muy emparentada con lo anteriormente dicho.

Se trata de despersonalizar a la universidad y, por consiguiente, al estudiante universitario; se prefieren los cartones a los rostros expresivos, que anuncian un mensaje de nobleza humana y de cultura superior. Para muchos universitarios de hoy en día, la pérdida a la que aludo, resulta una definitiva ganancia, una superación, una perfección altamente positiva. Sin embargo, insisto en que la socialización de ese signo, en términos tan radicales, conlleva una intoxicación muy fuerte para el núcleo de la institución universitaria. Está por demás afirmar que es absolutamente necesario el que la universidad oiga, atienda y entienda las necesidades de la comunidad a la cual culturalmente sirve. Quien esté en desacuerdo con lo anterior, desconoce lo que la universidad es esencialmente. La sociedad exige profesionales que por principio sólo la universidad puede ofrecerle; profesionales cada día más especializados, tanto en ciencias como en letras. Pero cabe preguntarse: ¿Prepara la universidad la mano que mantenga con dignidad humana el título que certifica la profesión? Pues bien, de esa dignidad se trata, porque un profesional, sin esa fortaleza que otorga la cultura superior, puede muy fácilmente convertirse en un factor de corrupción cívica, lo que equivaldría a una clara frustración de la misión de la universidad. Ciertamente, la sociedad exige con apremio técnicos, físicos, matemáticos, biólogos, químicos, etc., y la universidad, en fuerza de su propia esencia, ha de satisfacer esa demanda; pero la sociedad que demanda todo eso, lo hace en el supuesto de que todos esos profesionales estén garantizados y, a la vez, garanticen ellos mismos la evolución ascendente de la comunidad a la cual sirven e indirectamente a la humanidad.

La universidad, institucionalmente, está tan obligada a producir todos los profesionales necesarios como a fundamentar en éstos esa garantía. ¿Se tiene en cuenta debidamente esta segunda parte? Mi opinión es negativa. Se sigue viviendo ese ya secular desequilibrio; se gastan torrentes de tinta y toneladas de papel en "tests" que presumen ser exhaustivas exploraciones del mundo íntimo del estudiante, y lo que a fin de cuentas se alcanza, es un diplomado con faz borrosa y desconocida que vela una persona inculta, jamás versión fiel y personal de su título universitario. Tal es la tragedia, tolerable hasta ciertos límites con productos de otras instituciones, pero absolutamente inadmisibles en la institución universitaria. Para evidenciar lo anterior, dispongo del siguiente contraste: Instituto tecnológico y universidad. ¿Un instituto tecnológico debe, por su naturaleza, diferenciarse de lo que realmente se entiende por universidad? Invito al lector a que reflexione sobre las diferencias radicales entre estos dos tipos de institución docente. ¿Por qué nos choca tan inevitable y profundamente denominar universidad a un politécnico, por superiores que sean las enseñanzas que imparta? La diferencia se siente, se intuye, pero es necesario raciocinarla.

Insisto: A la universidad corresponde la imprescindible obligación de garantizar ante la sociedad al profesional como hombre; el profesional ha de poseer un nombre y un apellido, ejecutoria de la cultura que fundamente, garantizando, su título profesional. La esencia de la universidad implica un estatuto de humanidad, lo que significa que ella no puede caer en la vergüenza de convertirse en una factoría de pro-

fesionales en serie. Afirmaré lo tan sabido como menos practicado: el que sale de la universidad ha de ser, en primer lugar, un hombre culto o con evidente actitud para serlo y, después, un profesional. Sólo actualizando ese axioma, la universidad evitará que salgan de sus aulas personas que no se sientan con fuerza y con vocación para cumplir con su destino: ser fermento del progreso moral, intelectual y material; ser el decoro de la sociedad a la que deben servir cívicamente.

Con la fortaleza personal del profesional, se puede esperar un efectivo arte cívico para el bien común; con la falla personal del profesional, cabe temer las disposiciones más corruptoras y nocivas al bien común, material y culturalmente entendido.

Afirmé más arriba que las distintas disciplinas, constituyentes del complejo universitario, presentaban diversidad; que esta *di*-versidad aparecía como oposición a *uni*-versidad, pero que, en el fondo, todo eso era simple apariencia, siempre desde el punto de vista objetivo. El estatuto académico esencial de la universidad está afirmado y centrado en el hombre. Cada día se ve más claro en este asunto. Sin embargo, esa claridad no ha penetrado en la concepción de la universidad. Deseo que se atienda a las siguientes palabras de G. Gusdorf:

"... Los campeones de esta cruzada pregonan que es necesario renunciar al griego, lengua exótica, reservar el latín para algunos espíritus retrógrados y limitar hasta el estudio de la lengua nacional hasta un *mínimum* del francés básico. Un buen ciudadano, hoy por hoy, debe vivir para calcular, para cultivar el electrón o manipular el transistor... Tal es el interés del país: los grandes de hoy, los americanos y los rusos, deben su superioridad a su sorprendente densidad en ingenieros por kilómetro cuadrado.

Este analfabetismo trascendente representa una de las formas más perniciosas del nihilismo contemporáneo. Se podría hallar la mejor demostración de ello en el caso de los atomistas, estos héroes del obscurantismo científico y tecnológico. Los más distinguidos de estos especialistas oscilan con una significativa regularidad entre la depresión mental y la alta traición. Atiborrados de ecuaciones, alucinados por las cifras y los esquemas de montaje, ellos no saben ya, literalmente, lo que ellos están haciendo. Y cuando los menos pervertidos de entre ellos, los que no han perdido definitivamente la presencia del espíritu, descubren un día las implicaciones y las consecuencias de sus investigaciones, manifiestan su buena fe y se retiran por los caminos que les quedan" (2).

Las anteriores palabras aluden a determinados casos extremos que tipifican correctamente la tragedia que, con espectáculo o sin él, aflige en lo más hondo a la parte más selecta de la intelectualidad contemporánea. Pues bien, esa tragedia, hoy por hoy, se engendra y repercute en la universidad; la universidad es responsable originaria de esa monstruosidad porque ha anonadado su propia esencia.

En ese testimonio de Gusdorf se registran los siniestros efectos que la socialización universitaria produce; se registra igualmente la catástrofe humana, producto de la escisión de la unidad del ente humano. Hay evidencias concluyentes de que la fidelidad a esas sinrazones termina así: nuestros más sobresalientes científicos encuentran cada día mayor dificultad en ser hombres.

El pleito actual entre científicos y no científicos, al nivel superior de la docencia, ha configurado en muchas mentes directoras determinada idea de la esencia universitaria, y los resultados quedan arriba claramente anotados. Desde luego, existe un

(2) GUSDORF, G. *Introduction aux Sciences Humaines*. Paris, 1960. p. 472.

problema psicológico, ¿será él también un problema ontológico? En otros términos: la especialización ¿será por su naturaleza incompatible con la actualización de los valores personales más relevantes? Si sobre este punto consultamos a los científicos más autorizados, obtendremos afirmaciones verdaderamente desesperantes. El físico Robert Oppenheimer habla con aplomo y sin reservas. Aquí sus palabras:

“¿Piensa usted que el desarrollo moral y la inquietud espiritual sean sentimientos nuevos para los sabios, y a qué, en la evolución actual de la ciencia, los atribuye usted?

Ese sentimiento, nuevo en efecto, no es exclusivo sólo de los atomistas. Perteneció esencialmente al vuelo prodigioso de la ciencia después de varios años. Este desarrollo científico está acompañado de un especialismo tal que hoy ningún hombre puede poseer más que una ínfima parcela de los conocimientos humanos. Esto suscita un sentimiento de ignorancia y de soledad cuya intensidad parece proporcional al saber. Los sabios de hoy tienen la nostalgia de esa clave única, de ese eje común a todas las formas del conocimiento en el cual creían sus antecesores, y que el futuro ya no recobrá” (3).

Estas palabras, dichas por quien sabe lo que dice, nos manifiestan que la cultura engendra necesariamente el íntimo desgarramiento del hombre. Encontramos algo que obstaculiza la síntesis a la que parece naturalmente tender el espíritu humano; que algo obstruye el camino para que la ciencia, en fuerza de su especialización, se convierta objetivamente en expresión humanista. Parece que la ciencia ha de caer en la tentación de deshumanizarse y de erigir tal deshumanización en algo incoercible y fatal. Pareciera que lo humano ha quedado atrás, a la retaguardia; su creación científica se le ha escapado demasiado lejos. Y marcha con gran vanidad y con profundo orgullo. Tal es el origen de tanta desgracia y de tanta insolencia. Una vez más habrá que repetir que el hombre es la víctima de la obra de sus propias manos.

Todos estos hechos y todas estas reflexiones apuntan al misterioso problema de las intrínsecas relaciones que existen entre nuestro ser y nuestro saber. Todo saber —es mi opinión profundamente arraigada— causa en nuestro ser un temple existencial, determinado por la naturaleza de ese saber. Hay saberes que condensan y unifican nuestra existencia, y hay saberes que la enajenan. Por testimonios indudablemente autorizados sabemos que la ciencia, desde determinado nivel de especialización, ha enajenado existencias humanas concretas y que esta enajenación es —como es natural que así sea— total: volitiva, emocional y moral.

Ahora bien, si la universidad ha de permanecer fiel a su vocación esencial, debe enfrentarse valiente y briosamente a este problema para resolverlo y, por consiguiente, para reorganizarse. Ha de tener fe en sí misma. Si la universidad posee una misión específica, es ésta: iniciar a su parte discente en los principios de la verdadera sabiduría. El divorcio entre los diversos saberes, divorcio frecuentemente consagrado por la constitución de numerosas universidades, y el divorcio entre los saberes y la existencia humana, no se producirá sino cuando se desconozca la posibilidad de que no se produzca tal desequilibrio. Si se admite que ese desgarramiento llega fatalmente, por la naturaleza misma de las cosas, entonces se efectuará el definitivo ingreso al peor de los nihilismos.

Supuesto todo lo anteriormente dicho, la universidad está en la estricta obligación de establecer los criterios para definir lo que hoy ha de entenderse por sabiduría. Tal vez esa definición coincida con el concepto aristotélico de sabiduría, pero solamente

(3) *Ecrits sur l'angoisse*. Edit. Seghers, 1963. p. 165.

con el concepto "formal"; pero los factores "materiales" de nuestro tiempo no podrán ser los mismos que los del tiempo de Aristóteles. Esto es evidente.

Tal, creo yo, ha de ser el programa permanente de la universidad: señalar los caminos de la sabiduría que salven al hombre a base de una constante renovación. Por otra parte, la universidad no puede hacer nada definitivo; esto sería absurdo. Sólo se halla a su alcance el dotar a sus estudiantes de los criterios más eficaces para que ellos, por sí mismos, realicen los valores, siguiendo cada uno su vocación única mediante la sabia jerarquización y la vivencia personal de esos mismos valores.